

## El pentateutco de Isaac (selecció de fragments)

*Angel Wagenstein*

FONT: *El pentateuco de Isaac*, Angel Wagenstein (Ed. Libros del Asteroide)

### A modo de introducción

(...)

0.1 ...desde los tiempos del opresor de los judíos Nabucodonosor hasta la fecha nada ha cambiado.

(...)

0.2 Esto es un polaco y un judío que andan juntos por algún lugar de Galitzia. El judío, que se cree más listo que nadie y que se siente con derecho a dar lecciones o reírse de los demás, señala en el camino el todavía humeante excremento de un caballo y le dice al polaco: «Te doy diez zlotis si te comes esto». El polaco, hombre calculador como todo campesino, no tiene nada en contra de ganarse unos cuartos. «Vale», dice. Entonces frunce el ceño, resuella, pero se traga la mierda. El judío le da los diez zlotis pero poco después recapacita. Cae en la cuenta de que acaba de cometer la tontería de gastarse el dinero en nada y decide recuperarlo. A la vista del siguiente excremento de caballo, fresco y humeante, le dice al polaco: «¿Si me como esta mierda me devuelves los diez zlotis?». «Vale», contesta el otro. El judío resuella, frunce el entrecejo, pero se come la mierda y recibe de vuelta su dinero. Los dos siguen su camino, pero el polaco, al pensárselo, pregunta legítimamente: «Oye, si los judíos sois tan listos, ¿puedes explicarme por qué diablos nos hemos comido cada uno una mierda?». En este caso el judío se quedó callado, cosa que sucede muy pocas veces.

(...)

## De Primer libro de Isaac

1.1 He de señalar que vivíamos más o menos en comunidad, no nos dividíamos según nuestra nacionalidad ni religión, pero por si acaso, cortejábamos a las nuestras, no fuera que alguna madre nos mirara de reojo y que luego los padres nos amonestaran, advirtiéndome que ni por asomo se nos ocurriera pensar en casarnos con una chica que no fuera judía.

(...)

1.2 ¡Dejaos de esos trucos de judíos! ¡La Patria lo reclama en este preciso momento en que la victoria está más cerca que nunca!

—¿Más cerca para quién? —terció con curiosidad mi tío Jaimle.

El guardia abrió la boca y permaneció pensativo un rato:

—Todavía está por ver.

—¿Y esto es bueno para los judíos? —preguntó con tono preocupado mi madre, que acababa de asomarse en lo alto de la escalera que conducía a la cocina, desde donde nos llegaba el olor a *borsch*.

—¿En qué sentido, señora Rebeca? —preguntó el guardia.

—En el sentido de... Digo, la situación en los frentes...

—Está bien para nosotros.

—¿Para nosotros? —preguntó mi tío Jaimle.

—¡He dicho para nosotros, no para vosotros!

Sabíamos perfectamente que *pan Wojtek* era polaco y que las nociones de «nosotros», «vosotros» y «ellos» en el Imperio Austrohúngaro eran terreno resbaladizo y era mejor no adentrarse en él, mucho menos si se era judío, por eso mi padre y mi tío se miraron, movieron la cabeza y asintieron a la vez.

1.3 —¡Todo es una tontería inmensa! —dijo el rabí Samuel— ¡Tontería de las tonterías! ¡Una soberana tontería! ¿Para qué estoy aquí?, os pregunto. Para ser vuestro guía espiritual, para que podáis, al morir en combate, presentaros sin problema ante nuestro Dios Jehová, santificado sea su nombre. Lo mismo tienen que hacer mis colegas —católicos, adventistas, protestantes, los del Séptimo Día, ortodoxos y musulmanes— por el honor del emperador y la gloria de su respectivo Dios. Pero decidme qué sentido tiene, cuando yo sé que al otro lado de la trinchera hay un colega mío, un rabino, que se empeña en guiar espiritualmente a nuestros muchachos —pero ¿quién es capaz de aclararme si son nuestros o no lo son?— para que luchen contra vosotros, para que os maten en nombre de su emperador y de Jehová, santificado sea su nombre. Y cuando termine la guerra y los labriegos vuelvan a arrastrar sus arados, en el campo relucirán los huesos, los nuestros revueltos con los «no nuestros», y nadie sabrá en nombre de qué emperador ni de qué Dios habréis perecido.

(...)

Dicen que a estas alturas nuestra querida patria austrohúngara ha dado más de un millón y medio de víctimas. Son un millón y medio de muchachos que no regresarán a sus casas; un millón y medio de madres que no volverán a ver entrar a sus hijos por la puerta; un millón y medio de novias que jamás se acostarán al lado de ellos para concebir y dar a luz en paz y bienestar. Os pregunto: ¿acaso Jehová no ve nada de esto? ¿O se pasa el tiempo dormitando y hurgándose las narices? ¿Es entonces Jehová —santificado sea su nombre por los siglos de los siglos, amén— un viejo chocho al que le complace que la gente muera en su nombre? No sé, hermanos, no sé daros la respuesta. En todo caso, creo que si Dios tuviera ventanas, hace tiempo que le habrían roto los cristales.

## **Del Segundo libro de Isaac**

2.1 La esperada tregua está lejos de ser el inicio de una paz duradera. ¡Oh, no! Se trata sólo de unas breves vacaciones entre dos alegres y emotivos ejercicios de ensartar a los enemigos

por las tripas con las bayonetas, de excavar trincheras; de hacer volar por los aires a personas y objetos; de atacar y contraatacar; de incendiar pueblos ajenos y de ahorcar a espías y desertores, mientras los chicos de la otra clase realizan las mismas hazañas, pero en sentido contrario.

(...)

2.2 Contaban que un gran estratega del Estado Mayor de Berlín, al analizar las causas de la catastrófica pérdida militar, las formuló apartándose ligeramente del esquema: dijo que la culpa la tenían los judíos y los ciclistas. En la sala reinó un silencio pensativo. De repente, una voz tímida preguntó: «¿Por qué también los ciclistas, mi general?».

(...)

2.3 —Roban, hijo. Están robando... Al derrumbe de los ideales siempre sobreviene una decadencia moral.

(...)

Después de que los romanos incendiaran el Templo y destruyeran Jerusalén, los propios judíos se dedicaron a expoliar la ciudad. Es lo más normal y en cierto sentido se trata de una redistribución revolucionaria de los bienes. Dime, ¿de quién son las mantas? No te creas que son del pueblo. Es puro cuento. Eran del imperio. ¿A estas alturas existe el imperio? Parece que no. ¿Entonces?

(...)

2.4 Ya no existe Austrohungria, a ver si entendéis lo que quiere decir esto. Este otoño los maestros de escuela no podrán contar con fluidez la historia de nuestro gran imperio, sino que van a tartamudear cada vez que tengan que enseñar a los alumnos por dónde exactamente pasan las fronteras entre Hungría y Checoslovaquia, o explicarles la razón secreta o si, de hecho, ha habido razón alguna para que Eslovenia, Bosnia y Herzegovina, Croacia y Montenegro hayan pasado del puñetero imperio de los Habsburgo al de los Karageorgevich. Los maestros rusos de geografía tendrán que perder la costumbre de hablar

de Polonia como de «nuestros territorios occidentales». En los países del Báltico van a bajar las banderas de Rusia, porque hasta los propios rusos están embrollados en largas discusiones sobre si su bandera ha de ser roja o tricolor. Los viejos profesores se estrujarán la sesera cuando les pregunten a qué estado pertenecen el Tirol meridional, Dobrudzha, Siebenbürgen o Galitzia, o en qué país viven los moldavos y los finlandeses. La historia, cual hábil *croupier*, ha barajado los naipes y los ha repartido una vez más.

(...)

2.5 Un poco más tarde, cuando nuestras relaciones de buena vecindad se fortalecieron, los visitó el rabino con quien conversaron amigablemente en puro alemán y entonces nos enteramos de que habían huido de su tierra porque le tenían gran antipatía al Führer, de quien discrepaban en cuestiones fundamentales de la existencia.

Nuestro rabino estaba encantado con ellos e insistía en que los nazis —esa pandilla de salvajes— permanecerían muy pocos meses en el poder, porque el pueblo alemán que había dado tanto al mundo organizaría una resistencia masiva contra ellos.

### **Del Tercer libro de Isaac**

3.1 Hasta el día de hoy no he dejado de arrepentirme por haber llegado a ser, aunque fuera momentáneamente, un sirviente en el banquete de otros, como decía nuestro rabí Bendavid. Sólo por suponer que los dos polacos pudieran tener alguna culpa, siento que me dejé llevar a las tinieblas por los viles fuegos fatuos que conducen al espacio cómodo y calentito de la complicidad con el poder. La complicidad o el colaboracionismo inconsciente empiezan siempre con la convicción de que las personas conocidas han sido víctimas de un malentendido o de una calumnia, mientras que los demás... Y uno cree que los demás —sobre todo los que se encuentran lejos y a los que se conoce menos— con toda probabilidad han de ser malhechores o agentes de fuerzas extranjeras enemigas, ya que, dígame lo que se diga, no hay humo sin fuego. Es que no me daba cuenta —pedazo de imbécil que era—,

que las mismas personas cercanas y conocidas, por cuya inocencia yo pondría la mano en el fuego, serían ajenos para otros que los considerarían enemigos. Éste es el mecanismo del que nacen la desconfianza de uno en los demás y la desconfianza de los demás en uno.

### **Del Cuarto libro de Isaac**

4.1 Esta caja de herramientas representa la superación del miedo, la resistencia contra las tentaciones del conformismo. Es una protesta contra la resignación de los esclavos. Los tres arrestados y el conductor del tren han sembrado la esperanza. Porque, ¿qué otra cosa es la diminuta emisora de radio hecha a mano y enterrada entre el coque comparada con la potestad de los ejércitos? ¿Quieres que te diga qué cosa es? Es la terquedad del esclavo, un reto frente a la fuerza desalmada del acero que dispara. Es nada y lo es todo: es hacerle al Führer un corte de mangas, pero también el ejemplo que los débiles necesitan para creer que el mundo puede cambiar, para que todo llegue a adquirir un sentido nuevo y se haga realidad lo que está escrito a las entradas de los campos de concentración: A CADA CUAL, LO QUE LE CORRESPONDE. ¡Amen y *sabbat shalom*, Itzik!

### **Del Quinto libro de Isaac**

5.1 Ahora se hacen los desentendidos, olvidando de quién fue la idea de financiar a un antiguo pintor de fachadas barrocas en Viena, colocando encima una ramita de perejil. El maníaco aquel, por su parte, creyó que podía hacerle un corte de mangas a la Humanidad sin excluir a los que le regalaron los tres pinos y la maceta. Con esto último, sin embargo, el mencionado pintor de brocha gorda cometió un error fatal, precipitando su final

(...)

5.2 No quiero plantearte otras adivinanzas de mayor dificultad como, por ejemplo, ¿dónde se encuentran aquellas diecisiete toneladas de oro obtenidas sólo en el campo de concentración de Auschwitz a base de anillos de boda, muelas, prótesis, etcétera, incluidos

los pendientes en forma de trébol de cuatro hojas que debían traerle suerte a la pequeña Lisa Weißberg en su tercer cumpleaños? Me gustaría preguntar dónde se encuentran, ya que son sólo una pequeña parte de la cantidad infinitamente mayor de lingotes de procedencia similar, pero teniendo en cuenta la delicada peristáltica de algunos banqueros de ciertos países vecinos neutrales que tomarían mi pregunta por una alusión indirecta y de mala educación en su mesa de exquisitos platos de becasas con trufas, me abstengo de hacerlo.

(...)

5.3 Si perteneces a la generación que vivió aquellos tiempos, en la matriz de tu memoria debe de haberse grabado el hecho de que no fueron sólo días de sufrimiento, de tristeza por los seres queridos que se habían perdido y por los pueblos y ciudades hechos cenizas, sino también de esperanza de que el Mal se hubiera extinguido de una vez por todas y que no se repitiera nunca jamás.

(...)

5.4 —Todo se va a olvidar, enfermera, se va a olvidar. El rabino sigue siendo un romántico. Los monumentos se convierten sorprendentemente rápido en adornos, en algo así como broches en el pecho de la ciudad en los que la gente local deja de reparar porque está acostumbrada a su presencia, mientras que los turistas se sacan fotos con el monumento de fondo sin que les interese a quién o qué representa.

(...)

5.5. En todo caso, de los nazis se hablaba cual si hubieran sido otros, ajenos, remotos, extraterrestres, unos monstruos malvados de la mitología; como si a mis antiguos compatriotas austriacos de repente les hubiera dado una amnesia grave, olvidándose del ahínco y hasta el entusiasmo con que aquí se llevó a cabo la Noche de los cristales rotos y otros tantos días y noches nada cristalinos. Como si el campo de concentración de Mauthausen se encontrara en otro planeta y no aquí y el personal que lo atendía no hablara en los dialectos de los Alpes. Por supuesto que en comparación con los cuatro millones de víctimas de Auschwitz o los dos millones de Dachau, el sacrificio de ciento veintitrés mil

personas en este pequeño país musical era algo así como un minueto en tres cuartos, con inclinaciones y reverencias al final. Mucho más tarde escuché a ciertos alemanes respetables decir medio en broma medio en serio: «¡Qué listos son los austriacos: nos endosaron a Hitler y se quedaron con Beethoven!».

(...)

5.6 Ya se ha dicho: tantos judíos, tantas opiniones y divergencias... No sé, quizá desde los tiempos de la Torre de Babel hemos aceptado la variedad idiomática y de opiniones como algo congénito de la tribu y no buscamos deshacernos de nuestros contrincantes por medio de la violencia. Lo que ha dado pie al engaño de que los judíos estamos enternecedoramente unidos. Tan unidos como el banquero Rothschild y el revolucionario Marx, quien aspira a expropiar sus bienes. Por otro lado, los peores conflictos y discrepancias el judío los tiene consigo mismo. El suicidio es la única manera de quitarte de encima a este enemigo interno tan pesado, que todo el tiempo se mete contigo y te contradice...

(...)

5.7 Lucky Strike y las conservas de carne de cerdo fueron los primeros embajadores de buena voluntad norteamericanos; todavía no habían llegado los tiempos del «Yankee, go home!», porque los yanquis en cuestión pasaban jamones, plátanos, medicinas y condones. Se desplazaban y emplazaban masas humanas como capas tectónicas que se ponían en equilibrio: los judíos polacos compraban a precios irrisorios terrenos y casas derruidas en la parte de Berlín controlada por los americanos; los cigarros búlgaros de contrabando se cambiaban por vinos franceses de contrabando; las verdes mantas militares de los ingleses recorrían un intrincado camino hasta convertirse en inmuebles en los alrededores de Viena, no lejos de Baden; y el oro robado se había transformado en pasaportes falsos para los criminales de guerra nazis a los que buscaban hasta debajo de las piedras en Alemania y Austria, mientras que ellos ya estaban tomando su ginebra con tónica con su correspondiente rodaja de limón bajo las palmeras de América Latina.





5.8 No existe ningún esquema; aunque a lo mejor el lío mismo representa un esquema congénito al régimen. No hablo sólo del gulag, sino en general. A diferencia de los campos de concentración alemanes, en los nuestros no existen reglas de juego; tampoco existen fuera de aquí, en la sociedad. Los nazis hicieron público con antelación su programa ideológico y lo fueron cumpliendo estrictamente hasta el último segundo: qué pueblos estarían sujetos a una solución final, convirtiéndose en estiércol para la raza aria, o cuáles iban a ser sus socios más adecuados. Criterios exactos y transparentes, fijados de antemano. Es cierto que éstos fueron bárbaros, inhumanos e idiotas, pero eran criterios a fin de cuentas. Mientras que nosotros anunciamos que crearíamos una sociedad de la justicia, el humanismo y la fraternidad y cantábamos en nuestro himno que no hay otro país donde el hombre pudiera respirar tan libremente. Luego, siguiendo el postulado de Karl Marx sobre la libertad como una necesidad conscientemente asumida, admitimos la necesidad de crear campos de concentración, de alentar las delaciones y alimentar el miedo universal. Ya te he dicho que no hay reglas en este juego.